

TERRAFORMING MARS



A LA SOMBRA DE DEIMOS

JANE KILLICK

minotauro

**TERRAFORMING
MARS**

**A LA SOMBRA
DE DEIMOS**

JANE KILLICK

minotauro

Título: *A la sombra de Deimos*

Copyright © 2022 Fryxgames. Todos los derechos reservados. Terraforming Mars y el logotipo Fryxgames son marcas comerciales de Fryxgames AB.

Versión original inglesa publicada en 2021 por Aconyte Books

Título original: *In the Shadow of Deimos*

Ilustración de la cubierta: *René Aigner*

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
© 2022 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

© Traducción: Aurora C. Mena

ISBN: 978-84-450-1306-9

Depósito legal: B. 1.945-2022

Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestro boletín de novedades en: www.edicionesminotauro.com

Web: www.edicionesminotauro.com

Blog: <https://www.planetadelibros.com/blog/planeta-fantasy/16>

Facebook/Instagram/Youtube: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

CAPÍTULO 1

La tierra marciana crujió bajo la bota de Luka cuando pisó por primera vez el planeta que iba a convertirse en su nuevo hogar. Con un paso más, salió por fin del vehículo de aterrizaje y se detuvo un momento para notar la solidez de Marte bajo los pies. Le sentó bien volver a sentir su propio peso. La gravedad allí apenas superaba un tercio la de la Tierra, pero, después de seis meses flotando en la cuasi ingravidez de una nave espacial, su presencia lo reconfortaba.

Luka se alejó del vehículo de aterrizaje y observó el vasto y majestuoso paisaje de aquel planeta indómito. La tierra roja, oxidada, se extendía hasta el horizonte para encontrarse con un cielo teñido de rosa por el polvo de una atmósfera delgada e irrespirable. A lo lejos, a su izquierda, las tres cumbres de los Montes Tharsis se alzaban para tocar el pequeño disco blanco y brillante del sol, mientras que, a su derecha, a lo que parecía menos de un kilómetro, el suelo se hundía en los cañones de Noctis Labyrinthus. La enormidad de la extensión que tenía ante sí le resultaba casi aterradora tras el confinamiento al que se había visto sometido durante el viaje. La respiración agitada le resonaba dentro del casco.

Porque Marte no solo dejaba sin aliento: también era peligroso. Sin el traje antirradiación, Luka se habría congelado en la temperatura media de treinta grados bajo cero, se habría asfixiado en aquel aire con casi un cero por ciento de oxígeno y habría acabado sucumbiendo con los efectos de las radiaciones cósmica y solar.

Se alejó de la escalerilla y casi tropezó con una gravedad a la que no estaba acostumbrado cuando el siguiente emigrante descendió del vehículo de aterrizaje. Luka, al igual que las otras cuarenta y nueve personas que habían abandonado la Tierra con él, había dado la espalda al planeta que lo había visto nacer para buscar una nueva vida. La mayoría se había creído la propaganda que vendía a los emigrantes como pioneros que aprovechaban las oportunidades que ofrecía el nuevo mundo. Incluso si eso significaba que la única forma de costearse el billete era unirse a las filas de curritos sin sueldo de ThorGate. Para Luka, sin embargo, era una forma de dejar atrás el dolor de su vida en la Tierra. En la superpoblación y la contaminación del planeta verdiazulado murió su familia; la única forma en la que creía que podría sobrevivir era alejándose.

—¡Bienvenidos a Marte! —dijo una voz de mujer en el altavoz de su casco.

Luka echó un vistazo a su alrededor y comprobó, por cómo miraban también los demás emigrantes, que la mujer se estaba comunicando por el canal del equipo con todo el grupo.

—Me llamo Anita Andreassen —continuó la voz. Tenía acento noruego—. Soy la de las banderas.

Un poco alejada de los viajeros confundidos que acompañaban a Luka, todos embutidos en trajes blancos idénticos, había una figura que agitaba dos banderas triangulares como quien guía un avión en su descenso a la pista de aterrizaje. Cada bandera llevaba impreso el símbolo de un relámpago que destellaba en el dibujo azul y rojo de un portal con puertas correderas: el logo de ThorGate.

—Una de las cosas que aprenderéis en Marte es que todo el mundo tiene el mismo aspecto con un traje antirradiación. —Bajó las banderas cuando todos los presentes averiguaron de dónde venía la voz—. Pronto os instalaremos en el hábitat, pero seguro que tenéis ganas de echar un vistazo y estirar las

piernas después del viaje. Moveos despacio: lleva un tiempo acostumbrarse a la gravedad y a la cercanía del horizonte. Y mirad bien por dónde vais. Uno no sabe lo limitado que tiene el campo de visión con el casco hasta que da una patada a una roca que no había visto y acaba en el suelo. A todos nos pasa; no os apuréis si se da el caso.

»De todos modos, no me cabe duda de que durante el viaje habéis oído tantas veces las instrucciones de seguridad que podéis recitarlas mientras dormís, así que tomaos unos minutos para mirar a vuestro alrededor. Llegará un momento en el que os acostumbraréis a las vistas, pero dudo que os canséis de ellas algún día. Luego iremos al hábitat en autobús; nos espera una comida especial de bienvenida.

Anita señaló a su izquierda, donde esperaba el «autobús». Se parecía más a un vehículo militar que a los autobuses escolares que Luka solía coger en Colonia cuando era niño. Tenía seis ruedas gruesas todoterreno, unos flancos elevados y salpicados de partículas rojizas de la tierra marciana, y un parabrisas en cada extremo.

—¿Qué es eso? —Una voz masculina resonó en el altavoz del casco de Luka, que tardó un instante en darse cuenta de que Anders, otro emigrante, también había encendido el comunicador. Apuntó al cielo.

Luka alzó la cabeza y vio, contra el fondo rosa, una estela luminosa tan brillante como el sol.

—Debe ser el asteroide —dijo Anita—. Va un poco antes de lo que esperaba, pero no os preocupéis: el sistema de guía lo derribará a una distancia segura. Vamos al autobús. Los impactos de los asteroides se ven mejor desde dentro.

Los emigrantes, hipnotizados por aquella luz que se hacía más grande y brillante a cada segundo que pasaba, no se movieron. La bola de fuego surcaba el cielo dejando tras de sí una estela de gas. Cuanto más miraba Luka, más le parecía que el misil ardiente arrastraba dos colas. Parpadeó para despejarse y,

cuando volvió a fijar la vista, constató que dos objetos atravesaban la atmósfera marciana.

—¡Viene hacia nosotros! —gritó Anders por el comunicador.

Aterrado, Luka se percató de que su compañero tenía razón. Había dos bolas de fuego. Una de ellas sobrevolaba el firmamento como una estrella fugaz; la otra se abría un camino en llamas que iba directo hacia ellos.

—Subid al autobús. Así podremos irnos al hábitat... —apremió Anita. Su voz tenía cierto deje preocupado.

Algunos de los emigrantes se dirigieron a trompicones hacia el autobús, pero otros eran incapaces de apartar la vista del meteorito. Hubo quienes encendieron los comunicadores. Un coro de sonidos de pánico en varios idiomas inundó los oídos de Luka. El corazón le decía que corriera, pero, entre el traje antirradiación y la falta de costumbre a la gravedad marciana, temía no ser lo suficientemente rápido y caerse. El emigrante que estaba a su lado se tiró al suelo como un soldado que se pone a cubierto ante el fuego enemigo. Luka echó un último vistazo al meteorito en llamas, ahora tan grande que ocultaba el resto del cielo, y se agachó para imitarlo. El instinto le hizo doblar las rodillas y acabó aterrizando a cuatro patas.

El polvo flotó a su alrededor cuando la roca espacial le pasó por encima a toda velocidad. El calor del fuego ondeó sobre él y la brisa de la estela del asteroide agitó la delgada atmósfera marciana. El vaho de la respiración agitada y aliviada de Luka empañó la cara interna del visor antes de que el sistema de ventilación del traje se encargara de disiparlo.

El asteroide desapareció a menos de un kilómetro y cayó en el cañón más cercano de Noctis Labyrinthus. Luka no lo vio estrellarse, pero sintió el temblor que recorrió el suelo y tensó los músculos para mantener el equilibrio. Sobre él, una estela blanca colgaba del cielo como un testigo de la trayectoria de

la roca, apuntando al desfiladero donde el impacto había levantado una nube de polvo rojo.

La voz de Anita se oyó a través de la cacofonía de voces asombradas, asustadas y confusas que saturaban el canal del equipo.

—No sé qué ha pasado. Se suponía que el asteroide iba a estrellarse bastante lejos de esta zona. Quedaos aquí mientras voy a evaluar los daños.

Luego se apresuró hacia el autobús con el método del medio salto que los residentes de Marte habían desarrollado y dejó las banderas en la escotilla. Una vez a bordo, prometió que volvería.

Al ver alejarse el autobús, las ruedas gruesas levantando polvo a su paso, Luka tuvo la horrible sensación de que los habían abandonado.

CAPÍTULO 2

Julie se asomó a la ventana de su despacho y observó la nube de polvo que se levantó en el horizonte cuando el asteroide se estrelló contra el lecho de roca de Marte. La energía cinética del impacto bastaría para calentar la superficie y hacer que irradiara calor durante siglos. Se trataba de un método rudimentario pero eficaz de terraformación que, algún día, desempeñaría un discreto papel en hacer que el globo fuera habitable para los humanos.

Con todo, maldijo al inconformista del director general de CrediCor por su extravagancia. El multimillonario Bard Hunter era tan engreído que disfrutaba haciendo que los asteroides cayeran en zonas del planeta que quedaban a la vista de todos los colonos, en lugar de alejarlos del ecuador o enviarlos al otro lado de Marte. El Comité de Terraformación, ansioso por que Hunter destinara su fortuna a la empresa, complacía sus caprichos sin rechistar. Julie apretó los puños de solo pensarlo.

Aquello jamás se habría dado de seguir ella al mando. Sin embargo, se lo arrebataron en 2315, cuando el Gobierno Internacional invitó a las grandes empresas a participar oficialmente en la terraformación de Marte y las atrajo al proyecto prometiendo beneficios fiscales universales. A partir de entonces, ella, como jefa de la Iniciativa Marte de Naciones Unidas, se encontró compitiendo con el resto de las organizaciones del planeta por conseguir recursos. En teoría, los proyectos de la IMNU gozaban de un mayor estatus cuando presentaban sus propuestas, pero, en la práctica, ese supuesto privilegio no ri-

valizaba en absoluto con el olfato empresarial y la capacidad de inversión que ofrecían otras corporaciones.

Así que maldijo a Bard Hunter y a todo lo que representaba sabiendo que el impacto de los asteroides de hoy sería la acumulación de polvo de mañana: en los paneles solares, en el techo urbano y en los caminos de tierra, que eran lo más parecido a carreteras que tenían en Marte.

El sonido de unos cuantos golpes apresurados en la puerta hizo que apartara la mirada. Kareem, sin esperar respuesta, irrumpió en el despacho. Su subalterno parecía nervioso. Se había echado el pelo negro azabache hacia atrás tantas veces que se lo había pringado de grasa y le brillaba, y la barbilla desnuda, afeitada hacía poco, parecía acentuarle la expresión de preocupación.

—¿Has visto el meteorito? —La inquietud fue aún más alarmante en su habitual acento inglés, tranquilo y reservado.

—Claro. —Julie miró por la ventana. El lugar del accidente era una manta de polvo.

—¿No tienes puesta la ICN?

—Soy perfectamente capaz de ver un meteorito estrellarse sin que un comentarista imbécil de Interplanetary Cinematics tenga que venir a explicármelo.

—¡Entonces *no* lo has visto! —exclamó Kareem. Después de todo el tiempo que llevaban trabajando juntos, parecía haberse acostumbrado al particular sarcasmo de Julie. Miró hacia Marte—. Ventana, cambia a la ICN.

La imagen de la ventana de Julie, que en realidad era una transmisión en directo de una cámara que habían instalado fuera de Tharsis, cambió a un paisaje marciano diferente. Esta vista tenía el logo minimalista de Interplanetary Cinematics News en la esquina superior derecha y las palabras IMPACTO DE METEORITO en la parte inferior. La grabación era de una cámara que apuntaba a otra zona de Marte que Julie reconoció como Noctis Labyrinthus. Estaba todo como siempre, con el suelo

rojo que se extendía por las tierras altas de Tharsis y las montañas que se alzaban en la distancia. Pero allí, en el centro, una estela blanca y una nube de polvo se dispersaban poco a poco en el cielo como la columna de humo de una hoguera.

El parloteo de un comentarista emocionado bullía a través de los altavoces:

—... desconocemos si se han producido daños o cuál ha sido el alcance del accidente. CrediCor aún no se ha pronunciado...

—Ventana, silencio —ordenó Julie. El comentarista se calló de golpe. Ella miró a su compañero con el ceño fruncido—. ¿Qué ha pasado? He visto el impacto. Ha caído donde estaba previsto.

—La estructura principal sí, pero ha debido fragmentarse al entrar en la atmósfera. Un trozo ha caído por aquí. —Señaló la imagen de la ventana.

—¿Eso no está por donde ha empezado ThorGate las obras?

—Sí. —Kareem se frotó la barbilla. Le sonrió—. ¿Quieres ir a echar un vistazo?

Julie sabía que no debían, que no era asunto de la IMNU. Pero la curiosidad de Kareem era contagiosa.

—Vamos a por un röver.

El asteroide era tan grande y había dado contra el cañón con tal potencia que hizo las veces de misil y abrió un sendero de devastación en la profundidad del valle. Casi todo el asteroide se había desintegrado con el impacto, pero varios trozos de mayor tamaño habían ido a parar a la base del canal, de cinco kilómetros de profundidad. Todavía se apreciaban las áreas de roca que se habían ennegrecido durante el descenso abrasador a través de la atmósfera de dióxido de carbono, los bordes por los que el meteorito se había agrietado y roto. El gris claro de su núcleo contrastaba con el rojo de Marte.

Julie lo observó todo en una de las pantallas de las estacio-

nes de vigilancia móviles de ThorGate que se habían acercado a unos pocos metros del cañón. En la ladera, un robot de observación se encargaba de transmitir imágenes a un grupo de personas con trajes antirradiación. Kareem, junto a Julie, tampoco quitaba ojo a la escena; de cuando en cuando se paseaba de un lado a otro para ver más allá de aquel muro de gente que tenía más derecho a estar allí que ellos.

—¿Eso es un trozo de metal? —dijo a través del canal privado que compartía con Julie. Señalaba la pantalla.

Sobresaliendo de los escombros, Julie atisbó un trozo retorcido de algo plateado que podría haber sido acero, pero que lo más probable es que fuera magnesio. Resistente, ligero y abundante, el magnesio era barato y fácil de encontrar en Marte. Además, no se oxidaba. Julie se quedó mirando aquello, temiéndose lo que significaba aquel pedazo de chatarra.

—Debe ser del centro de investigación de ThorGate. —No dejó que la emoción se le filtrara en la voz—. El que fue tan controvertido el año pasado cuando propusieron construirlo, ¿te acuerdas? Las demás empresas presionaron muchísimo para que ThorGate no lo pusiera en un sitio tan privilegiado.

—¿Había gente ahí? —preguntó Kareem preocupado.

Ella asintió recordando las estadísticas inquietantes que había leído una vez en un informe.

—Se suponía que iba a instalarse primero un grupo inicial, si mal no recuerdo. Después iba a acoger como a veinte o treinta científicos.

Julie insultó al aire. Miró más de cerca y se encontró con más indicios de vidas humanas aplastadas bajo los escombros. Si el asteroide hubiera dado de lleno, habría arrasado el centro como un misil, pero el edificio estaba situado justo en los límites de la zona del impacto. Puede que algunas áreas hubieran sobrevivido, pero era seguro que los que estaban dentro habían muerto casi en el acto. Quizá hubieran entrado en pánico antes de que el meteorito los aplastara, o tal vez se hubieran quedado

a merced de la implacable atmósfera marciana y se habían asfixiado y congelado.

Se apartó de la pantalla y trató de alejar aquella imagen tan desagradable de su mente.

Más allá de la cresta, un equipo de reporteros de Interplanetary Cinematics con el logo amarillo, rojo y negro de su empresa estampado en la parte trasera del traje estaba grabando desde todos los ángulos posibles a ese lado del cañón. En Tharsis, Julie estaba acostumbrada a que un operador controlara varias HoverCams desde la seguridad de una sala remota, pero en la superficie marciana el aire era tan escaso que para echar a volar algo tan ligero como una cámara hacían falta hélices de más de un metro de ancho. Aquello podía resultar peligroso, especialmente si el personal de seguridad y mantenimiento aún no estaba presente y cada cámara tenía que llevarla una persona diferente. Para Julie, era la forma que tenía la ICN de hacer que los informativos fueran más exclusivos para los espectadores.

Otros, estos sin ningún logo en la espalda, se arremolinaban como turistas confundidos. Algunos se acercaban peligrosamente al borde del cañón y se inclinaban para ver más de cerca. Por lo que Julie averiguó desde allí, se trataba de los emigrantes que se iban a encargar de construir la nueva ciudad y habían aterrizado poco antes del accidente. Una mujer que parecía controlar la situación rompió la fila que habían formado y les ordenó que retrocedieran a través del canal general. Su acento revelaba que probablemente formara parte de ThorGate: la empresa llevaba por bandera sus raíces nórdicas. Cuando se giró, Julie distinguió su rostro a través del visor del casco y reconoció a Anita Andreassen, la directora del Departamento de Proyectos Marcianos.

—Creo que deberíamos irnos —dijo Kareem por el canal privado—. Antes de que encuentren algún cuerpo. No es una imagen que me apetezca tener grabada en la retina.

—Supongo que tienes razón.

Estaba a punto de volver sobre sus pasos cuando los perio-

distas corrieron a otro róver que se acercaba a la multitud de vehículos estacionados.

—¿Qué pasa?

—Ni idea —contestó Kareem.

Los cámaras se aglomeraban en torno a la escotilla del róver. Esta se deslizó hacia un lado para abrir un vacío en el cuerpo del vehículo que reveló una figura enfundada en un traje anti-radiación.

—Rufus, ¿puedo grabar tu reacción? —pidió una voz ansiosa por el canal general.

Julie supo entonces quién había atraído a los de la prensa. Rufus Oladepo era el presidente del Comité de Terraformación y, por tanto, lo más parecido a un jefe de Estado que tenía Marte.

—Cuando vea qué ha pasado —respondió la reconocible voz de Rufus. Tenía un acento que muchos definían como *internacional*, con dejes estadounidenses, sudafricanos y nigerianos que reflejaban el entorno político multicultural en el que se movía.

Rufus salió del róver y atravesó la llanura con decisión. Dos cámaras se apresuraron a ir tras él mientras otras dos lo adelantaban trotando hacia atrás para grabarlo de frente e intentaban no acabar por los suelos en el acto. Julie se percató de que se dirigía hacia la zona de la cresta que ella y Kareem habían elegido como puesto de observación. Retrocedió, decidida a quitarse de en medio antes de que se vieran envueltos en aquel circo mediático. Pero Rufus ya la había visto.

—¡Julie Outerbridge! —le gritó mientras se acercaba—. ¿Qué interés tiene la IMNU en el meteorito?

Ella toqueteó los controles del brazo de su traje antirradiación para pasarse, como él, al canal general.

—Ver si podemos ser de ayuda —contestó, consciente de que todos a su alrededor, incluidos los de las noticias, la escuchaban—. La IMNU lleva en Marte más tiempo que la mayoría de las corporaciones. Tenemos experiencia de sobra.

—Encomiable —dijo Rufus, pero su expresión, fuera del alcance de las cámaras y encajada en el visor del casco, revelaba que desconfiaba de ella.

Al igual que Julie desconfiaba de él.

Rufus atrajo a todos los presentes en aquel punto de la cresta, que hicieron un corrillo en derredor e impidieron a Julie cualquier posibilidad de alejarse de allí sin que fuera demasiado evidente. Miró a Kareem. Su compañero negó con la cabeza para aconsejarle que se quedaran.

Rufus se asomó al borde, donde alguien había conseguido salvar la pendiente para llegar al fondo con una cuerda de seguridad. Se mantuvo a una distancia prudencial y se giró hacia las cámaras para recortarse en toda su envergadura contra el dramático paisaje de Marte.

—Como todos —comenzó—, me horroricé esta mañana al recibir la noticia del accidente con el meteorito. Saber que un fragmento se estrelló aquí, donde ThorGate pretende hacer realidad el proyecto Ciudad Noctis, nos preocupó sobremanera. Sin embargo, milagrosamente no había nadie en el centro de investigación del cañón a la hora del impacto. La tragedia hubiera sido mucho peor de otro modo.

El alivio de Julie se manifestó en un suspiro que se hizo notar en el casco de todos los que tenían el canal general abierto.

—Sin embargo —continuó Rufus—, esta situación jamás debería haberse dado. Pretendo...

—¡He encontrado algo! —Una voz masculina joven interrumpió el discurso de Rufus. Era uno de los miembros del equipo que se había quedado pendiente de la pantalla que reproducía las imágenes del robot de observación. Todos los demás atendían al presidente del Comité de Terraformación.

—¿Qué tienes? —dijo Anita. Se apresuró a acercarse a pasos agigantados.

—Creo que veo algo... humano. —El joven transmitía una preocupación suspendida.

Las náuseas se aferraron al estómago de Julie al pensar en la horrible muerte que debió sufrir esa persona.

—¿Estás seguro? —inquirió Rufus abriéndose paso entre los curiosos para situarse directamente frente a la pantalla—. Sé de buena tinta que no había nadie en el centro.

—Me temo que estoy seguro. Es un brazo. Creo que lleva una WristTab.

—¿Puedes acceder a ella desde aquí? ¿Con el robot?

—Si la WristTab no está muy machacada, sí.

La tensión aumentaba mientras esperaban y escrutaban la pantalla para averiguar si podían hacer algo. O quizá fuera Julie la que se imaginaba que todos a su alrededor estaban nerviosos. Encerrada como estaba en el traje y con solo unas cuantas personas en el canal general, no tenía forma de saberlo. El robot giró y enfocó la imagen en la WristTab parpadeante, pero no veían nada, así que el joven se concentró en los controles de la pantalla para comprobar si podían obtener algo de información del dispositivo.

—Bien —dijo—. Le queda un poco de batería. No la suficiente como para extraer datos, pero sí para leer la placa identificativa. La WristTab pertenece a Giovanni Lupo.

Un grito femenino rasgó el canal y Anita se llevó las manos enguantadas al visor del casco, tambaleándose ante el peso de la noticia. Alguien que estaba a su lado tuvo que agarrarla del brazo para evitar que se cayera.

—¿Gianni?! ¡No!

Sus lamentos desconsolados, un espanto desgarrador, inundaron el casco de todos los presentes hasta que Anita acertó a desconectar el comunicador.

La misma figura en traje antirradiación que la había cogido del brazo la alejó del cañón. Se hizo un silencio de estupor, solo salpicado por el siseo ocasional del ruido blanco.

Rufus se apartó del caos de la escena y pareció ganar altura al levantar el pecho en una pose desafiante. Los cámaras del

equipo de periodistas sabían lo que aquello significaba. Dos de ellos retrocedieron para enfocarlo mientras sus colegas grababan el momento privado de Anita.

—Con gran tristeza recibimos la noticia de la muerte de Giovanni Lupo —dijo el presidente—. Su pérdida será muy sentida por todos los marcianos que le conocieron y trabajaron con él, y también por sus amigos y familiares de la Tierra. Se trata de una tragedia que no debería haber ocurrido. Desde aquí les aseguro que este incidente se investigará a fondo. Aprenderemos de ello para que nunca tengamos que volver a pasar por un trance semejante.

—¿Quién va a dirigir la investigación? —preguntó un reportero.

—Buena pregunta. —Rufus hizo una pausa mientras consideraba, al parecer, su respuesta—. Creo que necesitamos a alguien que no esté relacionado con el Comité de Terraformación. Y, por descontado, que no esté involucrado de ninguna manera con ThorGate, víctima de la tragedia, ni CrediCor, cuyo meteorito ha sido la causa del desastre. También ha de ser alguien en quien confíe todo Marte. Así que...

Rufus se dio la vuelta y se encaminó lenta y cuidadosamente hacia Julie. El estómago de ella se estremeció ante lo que estaba a punto de suceder.

—Alguien de la Iniciativa Marte de Naciones Unidas es la opción más obvia. Alguien a quien conozcan en la Tierra y en Marte y que se haya ganado la confianza de ambos planetas. Me honra informaros de que Julie Outerbridge ha aceptado hacerse cargo.

Rufus le pasó un brazo por los hombros, por encima de la bombona de aire. Julie se estremeció. Las cámaras de la ICN giraron para enfocarla y ella se encontró expuesta a las lentes de múltiples dispositivos de grabación. Se obligó a sonreír, sabiendo que el visor transparente del casco no la protegía de las miradas indiscretas.

Por dentro estaba furiosa.